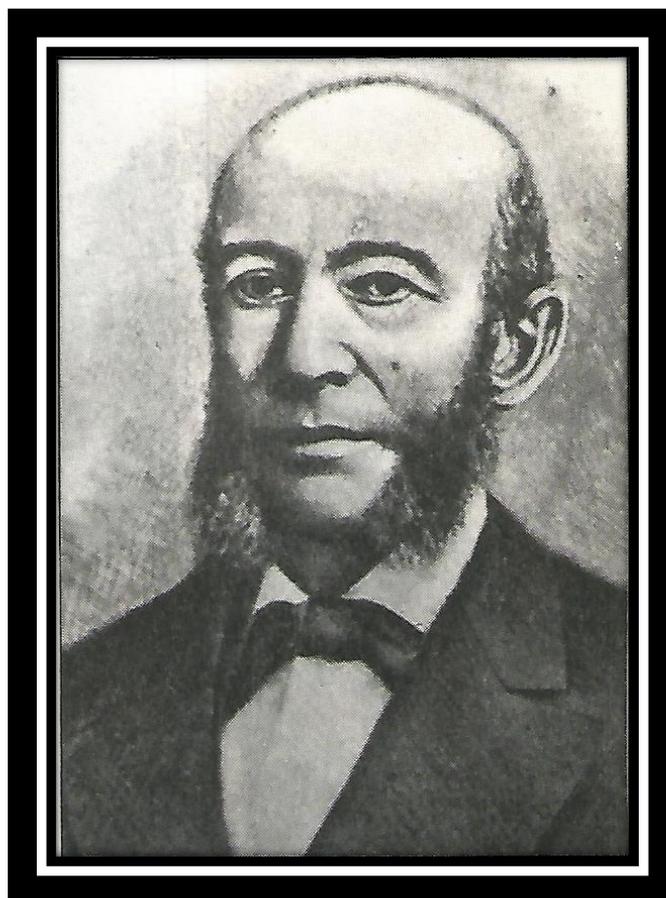


EL ACADÉMICO TEODORO ÁLVAREZ
EN EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO
(1818-1889)

Por Acad. Eduardo H. Charreau



La Academia Nacional de Medicina, rinde homenaje al Académico Dr. Teodoro Álvarez al conmemorarse el bicentenario de su nacimiento. Teodoro Álvarez ocupó el sillal número 5 desde el 4 de junio de 1856 hasta su fallecimiento en 1889, sillal que tengo el honor de ocupar.

Deseo agradecer especialmente la información recibida de la Sra. Mariluz Giorgetti de la Dirección de Publicaciones de esta Academia.

Teodoro Álvarez nació en Buenos Aires el 8 de noviembre de 1818, hijo de Don Gabriel Álvarez, marino español sobreviviente del combate de Trafalgar, y de Doña María de la Paz Aulí y Ocampos, natural de Buenos Aires e hija del Condestable Don Miguel Aulí.

Hizo sus primeros estudios en la escuela de Matorras y Egaña, de allí pasó al Colegio de San Francisco para cursar la enseñanza secundaria, entonces dirigida por Fray Nicolás Andanor.

Atraído por los estudios teológicos y filosóficos en 1830 ingresó a la Facultad de Teología y Derecho Canónico de la Universidad de Buenos Aires donde realizó los

cursos de Filosofía de Fray Ciriaco Baldivieso y de Teología que dictaba el padre Buenaventura Hidalgo.

En 1835 se doctoró en Teología con una Tesis “Sobre la competencia de la autoridad pontificia y de los concilios”.

En enero de 1840 se inscribió en la Carrera de Medicina. Fue ayudante disector en la Cátedra de Anatomía cuyo titular era el Dr. Claudio Cuenca, que junto al Dr. María Gómez de Fonseca y al Dr. Francisco de Paula y Almeida fueron sus maestros.

En 1844 obtuvo el título de Médico con las más altas calificaciones. Casi simultáneamente fue llamado a desempeñar la alta función de profesor en la Cátedra de Nosografía y Clínica Quirúrgica por el prematuro fallecimiento de su titular José María de Fonseca. Su modestia natural le hizo poner reparos para aceptar la cátedra vacante y fue a instancia de sus propios maestros y a pedido de los alumnos que aceptó la designación. El novel catedrático contaba con 25 años de edad, cargo que desempeñó honorariamente hasta 1852. En 1838 careciendo la Universidad de presupuesto, Rosas dispuso que “si no puede automantenerse cese la Universidad”, citando como pretexto el bloqueo de nuestros puertos por la flota francesa y suprimiendo de esta forma la dotación de la Universidad. Solo la vocación por la cátedra y su dignidad científica lo impulsaron a ejercer gratuitamente la enseñanza por una década. El Académico Osvaldo Loudet lo describe como un hombre tímido, reservado y silencioso, que no daba mayor importancia a las fórmulas externas de la convivencia.

Para apreciar la obra cumplida por el Dr. Teodoro Álvarez hay que situarse en la época en que actuó en los albores de nuestra medicina, cuando los medios y los procedimientos eran aún primarios.

Su inteligencia y especialmente su amor por la profesión lo convirtieron bien pronto en uno de los facultativos más prestigiosos de la ciudad, llegando a ser quizá, el mejor cirujano de la época, habiendo ejercido la profesión con mucho éxito prescindiendo enteramente de la vida política del país, pero aportando al bien común las virtudes de su excelencia profesional y su generosidad. A pesar de no querer utilizar anestésicos generales (recién descubiertos) por sus efectos secundarios, sus éxitos fueron numerosos especialmente en cirugía urológica, por lo que mereció que se lo llamara el Nélaton Argentino. Se citan también operaciones atrevidas realizadas con absoluta seguridad por el joven maestro como la ligadura de la arteria femoral por aneurisma, amputación del cuello de útero en pacientes con cáncer, ligadura de la arteria humeral. Sin especializarse en ninguna rama de la cirugía, pues las dominaba a todas, fue renombrado por sus operaciones de Litotomía. Poseía una inusual destreza manual que le permitía realizar las operaciones de la época con celeridad y eficacia, como la de cataratas, de la que fue el primero en practicarla en el país.

Se recuerda también las intervenciones que practicara a hombres representativos de ese período de nuestra historia.

Al general Emilio Mitre le practicó ligadura de la arteria ilíaca externa por aneurisma y a Juan Manuel de Rosas un cálculo de vesícula de 4.5 cm de diámetro y 2.5 cm de espesor compuesto de ácido úrico puro.

Sus virtudes humanas excedían su ámbito profesional y fue uno de los socios fundadores del capítulo Argentino de la Sociedad de San Vicente de Paul instituida el 24 de abril de 1859 en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced.

Durante 44 años actuó en los hospitales públicos de la ciudad tanto de hombres como de mujeres y siempre con un celo y una eficacia realmente admirable. Fue médico y jefe de sala del hospital de Hombres desde 1835 hasta su clausura y jefe de sala del Hospital de Mujeres durante 37 años atendiendo las especialidades de dermatología, partos y cirugía.

Después de la caída de Rosas, se reorganizó la Escuela de Medicina, confiándose su dirección a una comisión formada por los catedráticos Juan Antonio Fernández y Juan José Montes de Oca que regresaban del exilio y a Teodoro Álvarez. La cátedra de Nosografía y Clínica Quirúrgica que estaba a cargo de este último fue dividida en dos nuevas: Clínica Quirúrgica y Operaciones para lo cual se designó al Dr. Montes de Oca y otra de Nosografía Quirúrgica en la que se nombró al Dr. Teodoro Álvarez.

Según el Académico Alberto E. Laurence, con amplio conocimiento del carácter humano, en su obra "Grandes Figuras de la Cirugía Argentina", menciona que Juan José Montes de Oca, probablemente el primer gran cirujano argentino en el sentido moderno de este arte-ciencia, estaba dispuesto a recuperar su posición de prestigio perdida 16 años antes, y pronto desplazó a Álvarez aún en su predicamento social.

El 4 de junio de 1856, Teodoro Álvarez fue electo miembro de número de la Academia Nacional de Medicina.

El 30 de noviembre de 1865 contrajo enlace con María Soledad Páez, la ceremonia tuvo lugar en la iglesia de la Merced. Continuó dedicado a sus tareas en el Hospital de Mujeres, al ejercicio particular de su profesión y a la docencia, hasta que con su salud quebrantada y sosteniendo serias divergencias con el Presidente de la Facultad de Medicina, Juan José Montes de Oca, renunció a su cátedra en 1875. Al retirarse de la docencia lo hizo también a sus funciones de médico y cirujano del Hospital de Mujeres. Doña Dolores Lavalle de Lavalle, presidenta de la Sociedad de Beneficencia, al certificar sus servicios escribió las siguientes líneas que bien valen como un retrato moral de este gran hombre de la Medicina Argentina.

"El señor Dr. Don Teodoro Álvarez, médico de sala del Hospital de Mujeres se desempeñó en ese puesto desde junio de 1852 sin haber faltado en ese largo período un solo día, ni aun por desgracias acaecidas en la familia. No solo ha prestado importantes servicios al Hospital, sino que se lo ha visto en diversas ocasiones distribuir su sueldo al momento de recibirlo entre los enfermos, aliviando así la miseria de muchos de ellos que si bien salían curados del establecimiento, carecían de medios para subsistir en adelante".

En 1880 fue nombrado miembro de la Academia de Medicina de España. En 1889 en reconocimiento a su carrera se lo nombró Académico Honorario de la Universidad de Buenos Aires.

El 25 de agosto de 1885 falleció en su domicilio de la calle Rivadavia 1390 poco antes de cumplir 71 años de edad.

Doce años más tarde en 1901, la Municipalidad de Buenos Aires reconoció su meritoria obra y le impuso su nombre al Hospital de Flores.